Capítulo 3 - El Dragón Extiende su Mano - La Balada de un Dragón Semibenigno

- Capítulo 3 - El Dragón Extiende su Mano - La Balada de un Dragón Semibenigno

Capítulo 3 - El Dragón Extiende su Mano - La Balada de un Dragón Semibenigno

El jefe del pueblo se arrodilló ante él en señal de reverencia. "¡Gracias, poderoso dragón! ¡Realmente somos bendecidos por tenerte como nuestro señor y maestro!" Normalmente, Doomwing habría sentido irritation por tener que visitar tantos pueblos pequeños. Sin embargo, hacía tiempo que su ego no recibía tanto elogio sincero y profundo. Dormitar todo el día y vivir en un volcán significaba que no tenía muchas oportunidades de ser halagado. Oh, ya había sido halagado antes. Era un dragón. La gente casi siempre intentaba adularlo para evitar ser devorada. Pero esto… ¡un elogio honesto y sincero desde lo más profundo del corazón humano! Eso era mucho más raro y mucho más placentero. Doomwing asintió con noblez y se elevó una vez más al cielo. Ese era el último pueblo que necesitaba arreglar. Mientras surcaba el aire, le pareció que los campos vistos hasta entonces se veían bastante diferentes de los del Sexto Edad. Si los aldeanos eran algo como los soldados, probablemente habrían olvidado las formas superiores de agricultura que se habían popularizado al final del Sexto Edad. A Doomwing no le importaba mucho la agricultura, pero sí le importaba su tributo. Cuantas más cosechas produjeran los pueblos, más dinero podrían conseguir, y mayor sería su tributo. Pero, aunque no supiera mucho de agricultura, sí disponía de libros sobre el tema. Formaban parte de su tesoro, ya fuera regalados por sus amigos o saqueados de las mayores bibliotecas del mundo a lo largo de los milenios. En lugar de preocuparse por qué libros tomar, usó su magia para apoderarse de todos ellos. Un dragón menor tal vez se habría conformado con tomar solo los libros sobre magia o conocimientos prohibidos, pero Doomwing no era un crío tonto. Todo conocimiento valía algo, así que tomar todos los libros era la mejor opción. Y estos podían ser negociados a cambio de otros bienes. Muchos eruditos, magos y reyes se le habían acercado con grandes sumas de riqueza solo para tener la oportunidad de leer sus libros. Elerion había sido particularmente aficionado a los libros de agricultura. Después de todo, había sido hijo de un granjero antes de convertirse en rey, y siempre había soñado con retirarse a una pequeña granja cuando sus dominios estuvieran asegurados y sus hijos listos para gobernar. La idea era cultivar papas y coles, e intentar convencer a Doomwing de que los comiera. Por supuesto, nunca logró obtener esa granja ni cultivar esas verduras, y cualquier deseo que Doomwing hubiera sentido por leer esos libros murió junto a su amigo. Podía usar su magia para copiar esas obras y entregárselas a los jefes de los pueblos. Espera… ¿los aldeanos sabrían leer? ¿Y si sabían, usarían la misma escritura que antes? Maldición. Bueno, sí tenía un artefacto en su tesoro que podía transmitir conocimientos. Tendría que probarlo con algunos para asegurarse de que no los volviese locos. Siempre podía acudir con algunos soldados cuando atacara el reino, ya

que iban a morir de igual manera, ¿qué importaba si era con sus dientes, sus garras o por un artefacto antiguo que les fundía el cerebelo? Al menos, serían útiles antes de perecer. Doomwing regresó a su escondite y se permite un momento para admirar la opulencia de su tesoro. Marcus le había acusado alguna vez de ser la mayor fuerza desinflacionista del mundo, debido a cuánto de la riqueza mundial había acumulado, pero aquello era absurdo. No era el único dragón verdaderamente anciano; los otros eran igual de codiciosos. Confiado en que su tesoro era superior, usó su magia para invocar el Espejo de los Apéiron, uno de sus mayores tesoros y casi el único que había creado él mismo. El espejo albergaba algunas de las magias de adivinación y comunicación más complejas y poderosas existentes. A su orden, podía localizar casi a cualquier persona y permitirle comunicarse con ella. Con cuidado, lo colocó de modo que quien le hablara pudiera ver no solo a él, sino también su magnífico tesoro, y activó el hechizo para conectarse con Marcus. La superficie del espejo brilló, y una enorme imagen emergió sobre él. Doomwing entrecerró los ojos. Era un campo de batalla. Cuerpos yacían dispersos en la nieve, entre destellos ardientes de rojo. Banderas desgarradas y armas rotas cubrían el suelo, y bandas de guerreros patrullaban, cazando supervivientes y saqueando las muertes. Entre todo, se destacaba Marcus, y el antiguo vampiro se mostraba casi igual que Doomwing recordaba. Medía casi dos metros y medio, con hombros anchos y cabello oscuro. Sus ojos ardían con el rojo de la sangre recién derramada, y la espada que sostenía era una hoja de metal más negra que la noche y adornada con runas escarlata. Pero, a diferencia de su última visión, Marcus no llevaba ropa negra ni cuero. En su lugar, su cuerpo estaba cubierto de pieles de bestias del extremo norte donde el invierno jamás terminaba y el verano era solo una leyenda. Su barba era tupida y su cabello, rebelde y descuidado, le llegaba casi hasta los hombros. La batalla se quedó en calma, silente, mientras el espejo proyectaba la imagen de Doomwing y su entorno en el aire por encima de Marcus. —¿Estas otra vez actuando como un salvaje? —bromeó Doomwing—. ¿Es esto una fase, o planeas hacer algo con ello? Marcus sonrió y atravesó con su espada a un hombre que trataba de arrastrarse lejos. —Ha pasado mucho desde la última vez que hablamos, viejo amigo, casi mil años. —¿Y qué es un milenio para nosotros? —respondió Doomwing—. Lo justo. Marcus dio una orden, y los guerreros retomaron sus operaciones, aunque muchos de ellos mantenían un ojo vigilante en la imagen del dragón. —Qué bueno volver a verte. ¿Ya sanaron tus heridas? —No del todo, pero ya no duelen —contestó Doomwing. —Me levanté temprano. Algún tonto rey decidió enviarme soldados a atacar mi territorio. —¿Han muerto todos los soldados, y aquel rey sigue vivo? —Claro, están muertos. Y respecto a ese rey, ¿quieres acompañarme a arrasar su reino? Él está en el extremo norte, pero puedo pasar por ti. Sería como en los viejos tiempos. —¿Recuerdas aquel reino de minotauros en la Quinta Edad? —Sí, lo recuerdo. Nos tomó menos de una semana quemar ese reino. Lo prolongaste un mes porque querías comerte a tantos como fuera posible. —No me gusta su sangre. —Eso, mi amigo, es porque los minotauros son solo carne de res que camina en dos patas. Y ambos sabemos que la carne con mucho hechizo sabe mucho mejor, así que los minotauros son la mejor carne del mundo. Doomwing resopló. —Y si no quieren ser comidos, sus chamanes no deberían haber intentado crear su propio dios demonio. Entonces, ¿quieres que vaya por ti? Marcus suspiró y negó con la cabeza. —Estoy ocupado al menos unos años más, viejo amigo. Doomwing frunció el ceño. —¿Ocupado? Eso no es propio de ti rechazar una oportunidad de un poco de caos. —Normalmente, estaría encantado de acompañarte, pero descubrí algo aquí arriba. ¿Recuerdas al dragón de sombra que mataste al final de la Cuarta Edad? —Claro. Ese maldito era extremadamente molesto. Podía transformarse en sombras y moverse entre ellas. Tuve que inventar varios hechizos nuevos para atraparlo. Al final, le arranqué la garganta y me alimenté de su corazón. ¿Por qué preguntas? —Sonrió Doomwing con nostalgia, recordando aquellas semanas tras el otro dragón—. ¿Recuerdas dónde tiraste su cuerpo? —En el... extremo

norte. —Doomwing quedó pensativo—. Espera... ¿pasó algo con su cadáver? No lo destrui, puesto que tenía que atender otros asuntos, y destruirlo hubiera tomado tiempo que no disponía. Tras la batalla con la Catástrofe de esa Era, lo había olvidado por completo. Ya había absorbido el poder que podía de él, y tenía sus propias heridas, sin contar que Marcus estuvo al borde de la muerte. —Dudo que lo hicieras a propósito, pero donde lo dejaste ahora es un nexo mágico. Durante siglos, ese cuerpo contaminó las corrientes mágicas del área, corrompiéndolas de forma permanente. Y hace poco, esa corrupción generó un velo de sombras que cubre varias tierras y reinos. —Marcus sonrió con sorna—. La presencia de ese velo significa que el sol ya no brilla en esas tierras. Soy un vampiro antiguo, así que la luz del sol no me mata. Pero otros vampiros... sí. Este lugar será muy popular entre los de su especie, y quienes lo controlen podrán instaurar su reinado como reyes de los vampiros, ya que será la primera tierra sin sol desde la Cuarta Edad. Hay al menos otros siete vampiros ancianos aquí, sin contar a los tres que ya maté. Doomwing hizo una mueca. —A veces me siento mal por destruir las tierras de los vampiros... y luego recuerdo que la Catástrofe de aquella época fue obra de un necromante vampiro, que tenía un ejército de no muertos que superaba los treinta millones. —Marcus rió entre dientes—. Mi viejo, nunca supo cuándo dejar de pelear. Nadie se habría enfadado si se hubiera quedado con solo proclamarse rey de los vampiros, pero él quería conquistar el mundo. Por cierto, nunca te agradecí que lo mataras, ¿verdad? —La mayoría no agradecería que mataran a su padre —puntualizó Doomwing—. La mayoría no tiene un padre como el mío. Era un malnacido y merecía lo que le sucedió. Doomwing asintió. Si bien recordaba que la madre de Marcus no quería ser vampiro, su padre la convirtió, y Marcus nació poco después. —Si quieres, todavía puedo subir al norte. Hace tiempo que no disfruto de la carne de un vampiro anciano. —Aprecio tu ánimo, viejo amigo, pero necesito hacerlo sin tu ayuda. Si quiero ser rey de los vampiros, no puedo dejar que otro luche por mí —dijo Marcus. —¿Y qué hay de tu ejército? —preguntó Doomwing—. Es un ejército de humanos y vampiros que armé yo mismo. Que un dragón desde la Primera Edad los aparezca, es otra historia. —¿Es por eso que vas vestido como un barbaro? —preguntó Doomwing—. Así se visten por aquí. Además, estoy cansado del cuero negro. —¿Y la barba? —Pensé que era hora de cambiar. —¿En serio? —Doomwing sintió una punzada de decepción, que aplastó con firmeza—. Pero eh, tu amigo ha encontrado algo que quizás ayude a mitigar esa monotonía existencial que acecha a tantos vampiros antiguos. —Bien, te dejo con tu conquista. Serás un buen rey, Marcus. —Gracias, eso significa mucho de tu parte. —Marcus frunció los labios—. ¿Has pensado en quedarte despierto un poco más esta vez? —Bueno, voy a arrasar un reino. —La última Catástrofe fue terrible, Doomwing—afirmó Marcus—. La gente todavía no se recupera. Perdimos mucho en poco tiempo. Pero tú podrías cambiar eso. —¿Qué quieres decir? —preguntó Doomwing—. Si voy a ser rey, ¿por qué tú no puedes serlo también? La última vez que estuve en el sur, todo era un caos. No había un rey digno del título, y dudo que mucho haya cambiado. —Nunca ha habido un rey dragón—susurró Doomwing—. Los dragones no tienen reyes; cada uno es una potencia en sí mismo. Además, no buscan reinar. ¿Qué necesidad tendrían de reinos cuando poseen mayor poder que cualquiera? —Serías el primero—insistió Marcus—. Y, para ser sincero, no creo que puedas ser mucho peor que los ineptos de ahora. No son crueles sin razón, y tienen un cerebro funcional, además de acceso a la colección más completa de libros de épocas pasadas. Piensa en cuántas vidas podrías salvar. Doomwing lo miró con expresión dura, y el vampiro rió con ganas. —De acuerdo, pero imagina el tributo que podrías recoger si fueras rey. La avaricia dracónica despertó en Doomwing. Había visto cuánto dinero puede generar un reino próspero. Una de las mayores dificultades de los dragones era encontrar formas de aumentar su tesoro, y la más rápida y sencilla era saquear los reinos. Sin embargo, esa estrategia no era viable a largo plazo; un dragón solo podía saquear la tesorería de un reino dos o tres veces antes de que colapsara, y tomar siglos o milenios en que surgiera otro reino rico. Expandir su

territorio mediante la conquista de reinos alejados también era una opción, pero eso llevaba a enfrentamientos con otros dragones, además de que viajar tan lejos era molesto. Su propia tierra era la solución. Dejar a los aldeanos a su suerte durante un siglo y luego cobrar tributo le permitiría aumentar lentamente su hoard sin demasiado esfuerzo. Gobernar un reino implicaría más trabajo, pero los beneficios podrían ser increíbles. En lugar de pagar impuestos, todo el reino le pagaría tributo. Los reinos generaban riqueza de muchas maneras, y él tomaría una parte de todo ello. Mejor aún, los reinos están llenos de gente capaz de crear objetos mágicos y tesoros nuevos. Quizá compartiendo algunos conocimientos y sabiduría con ellos, añadiría cosas valiosas a su tesoro tras mucho tiempo sin hacerlo. —Quizá lo intente —dijo Doomwing finalmente—. El emperador dragón Doomwing suena bien. — ¿Emperador dragón? —Por supuesto, tengo que ser superior a un simple rey, y un emperador es más grande que un rey. —Quizá debería llamarme Emperador Vampiro Marcus, si gano, entonces. —Doomwing se mofó—. En serio, llámate como quieras, pero siempre seré superior a ti. —¿Seguro? —Marcus soltó una carcajada—. Está bien, ¿y si hacemos esto? Ambos podemos ser reyes — —Eso es un emperador dragón——. Podemos ser reyes, y luego ver quién administra mejor su reino. —¿Crees que puedes ser mejor rey que yo? —preguntó Doomwing—. Imposible. Soy un dragón, Marcus. Soy naturalmente asombroso en todo. —Ya veremos —dijo Marcus—. De acuerdo, entonces. Sigamos así: ambos seremos reyes — —Es un emperador dragón——. y veremos quién hace un mejor papel. —¿Crees que puedes ser un rey mejor que yo? —preguntó Doomwing—. Imposible. Yo soy un dragón, Marcus. Y en todo soy superior. —Ya veremos —dijo Marcus—. De acuerdo, entonces. Sigamos así: ambos seremos reyes — —Eso es un emperador dragón——. y veremos quién administra mejor su reino. —¿Crees que puedes ser un rey mejor que yo? —preguntó Doomwing—. Imposible. Yo soy un dragón, Marcus. Y en todo soy superior. —Ya veremos —dijo Marcus—. Nos mantendremos en contacto, Marcus. Y si las cosas no van bien allá arriba, no arriesgues tu vida en batallas que no puedas ganar. —¿Me estás cuidando? —preguntó Marcus—. No exactamente, pero un emperador dragón necesita siervos fieles... —Cállate —replicó Doomwing—. Muérdeme. —Solo lo dices porque sabes que no puedo atravesar tus escamas —dijo Marcus—. Por supuesto —Doomwing sonrió, dejando escapar una carcajada—. Buena suerte, Marcus. Creo en ti. Realmente serás un buen rey. —Eso— —Pero no tan buen rey como yo —concluyó Doomwing, y se tomó un momento para saborear la expresión de furia del vampiro antes de cortarle la conexión. Ah, las ventajas de ser quien maneja el espejo. Siempre tenía la última palabra.